

recciones, y su *Tratado sobre Educacion*; pero en la puntuacion y en algunos otros pormenores, fué esta edicion ménos esmerada que la primitiva. En 1674, último de su vida, el venerable vate publicó sus *Cartas familiares* en latin; y una traduccion, tambien en latin, de la *Declaracion de Poles en favor de Juan III*, que se dió en el mismo año, se le atribuyó asimismo.

Durante sus últimos años, Milton sufría mucho de la gota, de cuyas resultas se dice que murió. El 8 de noviembre, á los sesenta y seis años de edad y en su casa de Bunhill Fields, pasó su espíritu á mejor vida. Parece que su muerte tuvo lugar sin que la precediesen grandes sintomas, pero él hacia mucho que tenia el presentimiento de que no estaba lejana y hablaba de ella á su familia con la mayor entereza y serenidad, y sin muestra alguna de temor. Sus restos fueron sepultados al lado de los de su padre, en el presbiterio de San Gil, de Cripplegate. Toland dice que á sus funerales concurren «todos los hombres ilustrados y todos sus amigos de Lóndres, además de una gran concurrencia del vulgo.»

Era Milton de estatura más bien pequeña que alta. La afeminada belleza que le distinguía en su juventud, se convirtió en una regularidad varonil de facciones cuando creció en años. Sus retratos manifiestan que llevaba partido el pelo en mitad de la frente, con melenas que le caían por encima de los hombros; era de color moreno claro, y sus ojos pardos, conservándose naturalmente abiertos aún después de haber quedado ciego. En la flor de su edad tenia el cuerpo erguido y cierto aire de intrepidez. Un clérigo de edad, que le vió en sus últimos años, le pinta en una pequeña habitacion, sentado en una silla de brazos, vestido de negro, pálido aunque no cadavérico, con las manos y los dedos hinchados de la gota y untados de greda. Dicese que acostumbraba tambien á estar sentado con un leviton gris de abrigo á la puerta de su casa, cerca de Bunhill Fields, en los días de gran calor para tomar el fresco, y que allí lo mismo que en la sala, recibia las visitas de las personas distinguidas que iban á verle. No contrajo la gota por entregarse á una vida regalada, dado que una de sus costumbres invariables era la sobriedad. Bebia muy poco vino, y era muy parco en la comida. En sus primeros años abusaba mucho de la vista y de la salud con el trabajo nocturno; en lo sucesivo empleaba la noche de otro modo, acostándose á las nueve y levantándose, en verano á las cuatro, y en el invierno á las cinco. Si no podia levantarse á esta hora, hacia que alguno le leyese, y así que se levantaba, prestaba atencion á la lectura de un capitulo de su Biblia hebraica. Seguía estudiando hasta el mediodia;

después de dar un corto paseo, comía, tocaba un rato el órgano, y cantaba, ó rogaba á su esposa, que tenia muy buena voz, que le acompañase. Volvia luego á sus quehaceres mentales hasta las seis; de las seis á las ocho recibia á las visitas; entre ocho y nueve tomaba una sopa de aceite y un corto alimento, fumaba una pipa, se bebia un vaso de agua, y se retiraba á descansar. Uno de sus biógrafos dice «que era de carácter grave, no melancólico, no lo fué por lo ménos hasta la última parte de su vida, ni displicente, ni moroso, ni atrabiliario, sino de ánimo sereno, de ánimo que no descendía á cosas pequeñas.» Aubrey, aunque asegura que era satirico, lo cual no puede dudarse que lo fué en ocasiones oportunas, más adelante añade «que aún durante sus ataques de gota estaba alegre y cantaba.» Por su hija menor sabemos tambien que «su padre era de un trato delicioso, de una conversacion llena de vida, no sólo por lo interesante de los asuntos, sino por su natural gracia y finura.» Su vida, que era sencilla y virtuosa, siguió siéndolo hasta el fin.

La mayor parte de los biógrafos de Milton se lamentan de que distrajera su génio por espacio de veinte años de la poesia, y lo dedicara á la politica; pero la politica que profesaba no era la comun; habia llegado el tiempo critico en que era preciso resolver si Inglaterra habia de ser libre ó no serlo, patria de una enérgica libertad, ó triste imitadora de las serviles monarquias del continente. Habia allí hombres nacidos, no para servirse á sí propios, sino para servir á su pais y á la humanidad. Semejantes hombres pueden arrostrar mil penalidades, y hallar, sin embargo, gusto en la esperanza de que cumplen con un deber; pero estos forman comparativamente un número muy exiguo, y Milton entre estos pocos, figuraba en primera linea. Su poesia hace honor á su génio, y sus servicios como patriota no son ménos gloriosos á su dignidad moral. Él mismo nos dice que para proceder de manera que no tuviera que avergonzarse perpétuamente de sí, era indispensable subordinar su amor por la poesia al amor de su pais y de la libertad. Para usar de su propio concepto, en aquella contienda secular únicamente ponía la mano izquierda; la derecha, que era por su naturaleza más diestra y vigorosa, hallaba su verdadero empleo en cosas más sublimes. Sin embargo, sus escritos políticos, que podian considerarse como una excepcion, constituian un poderoso impulso bajo el aspecto de la libertad general, impulso, que como otros muchos no feneció, segun comunmente se cree, al asomar la Restauracion. Sin la revolucion de 1640, difícilmente sabriamos lo que habia acontecido desde 1688.

Pero nuestro insigne poeta, como se vé en hombres más á propósito que él para las cuestiones de estado, mostraba mayor aptitud para destruir lo malo, que para producir lo bueno que habia de sustituirlo. Segun la opinion general, Milton era un fervoroso republicano, pero de hecho se inclinaba al gobierno ejercido por los más ilustrados y virtuosos; y la cuestion de si los más sábios y virtuosos se hallan con preferencia en una república, en una oligarquía, en una monarquía, ó en todos estos sistemas combinados, era cuestion secundaria que sólo concernia á la relacion en que se hallan los medios con los fines. Juzgando de la monarquía por lo que casi siempre habia sido, ó más bien por lo que habia sido recientemente en su país, no abrigaba esperanza alguna de salvacion por aquel camino. De aqui la gran dificultad que se originaba para averiguar cómo construir la máquina de un gobierno democrático de manera, que ofreciese las mayores ventajas posibles y los menores inconvenientes anejos á esa misma utilidad.

Nada más distante de su pensamiento que la persuasion de que el mejor gobierno fuese el de la muchedumbre. Deseaba que cada pueblo fuese una ciudad, y cada ciudad como Florencia ó Venecia, dotada de grandes poderes legislativos y administrativos; sobre estos hubiera establecido, no una cámara de los comunes, sino un gran consejo, de carácter permanente y revestido de la autoridad suprema, y para dar consistencia á este consejo, dice, hubiera «sido bien reformar y perfeccionar las elecciones, no entregándolo todo al tumulto y clamoreo de una multitud ignorante, sino concediendo á los más justamente notables el nombrar á los que quisieran, y además de este número, otros de más selecta procedencia que eligiesen un número menor más rigurosamente; hasta que despues de purificar y mejorar por tercera y cuarta vez la eleccion, quedasen solamente nombrados los que constituyesen el número debido, y resultasen los más dignos por el mayor número de votos.»

Inútil es decir que Milton no conocia la naturaleza humana, pero de estos principios se deduce que le faltó poco para acertar con las tendencias más arraigadas y características del pueblo inglés. Sus instituciones, como todas las de carácter natural y propio, se habian deducido de su vida social. De ninguna de ellas se habia echado mano porque únicamente se recomendase por la abstraccion de sus teorías ó porque en el papel parecieran muy acertadas. Todo dimanaba de las exigencias, y todo se adopta con tal que se acomode á estas; pero para acomodarlas á la república de Milton, necesitaba la nacion olvidarse de casi todas las

tradiciones, formas y sentimientos de lo pasado, y reemplazarlos con un orden de cosas que habian de hacerse, mas no con un orden de cosas ya hechas. Exigir una combinacion de esta naturaleza de un hombre inteligente, era demasiado; mas exigirlo de un pueblo tan fiel á sus antiguas costumbres como el inglés, no era en manera alguna razonable. Como político, el gran vate proclamaba altas verdades, pero la aplicacion de estas verdades á las actuales circunstancias, pedia un pensamiento y un temperamento más flexible que el que Milton podia llevar á la ciencia de la política. Cromwell comprendió que la mayoría de la nacion, bajo una ú otra forma, era realista, y que dejar la futura suerte del gobierno al sufragio de la nacion, equivalia á votar la destruccion de la República. Milton equivocó el concepto de lo que la nacion *podia* hacer y lo que *debía* ejecutar. Cromwell, que tenia un gran instinto político, vió lo que la nacion *quería* hacer abandonada á si misma, y procedió con arreglo á este principio.

Por lo que hace á sus creencias religiosas, Milton en lo sustancial no se apartaba de las de su tiempo y su país. La fé de su juventud era la de un puritano, y aunque su piedad participaba de cierta indole libre, resultado natural de su especial inteligencia y modo de ver, nunca dejó de participar, en lo importante al ménos, del espíritu y del carácter puritanos. Á su muerte dejó dos obras manuscritas, una *Historia de Moscovia*, publicada poco despues, y un *Tratado completo de Doctrina Cristiana*, que permaneció ignorado hasta que se dió á luz, traducido del latin, en el primer tercio del presente siglo. Verdad es que hasta los cuarenta años próximamente de edad, Milton fué trinitario y calvinista. En punto á la *Trinidad*, su opinion admitia algunas modificaciones, pero no hay seguridad de esta circunstancia hasta que apareció el PARAISO PERDIDO, es decir, cuando se acercaba á los sesenta años. En este poema hay algunas expresiones oscuras y desusadas sobre las personas que comunmente se consideran como indistintas, y formando una sola en la Divinidad; en la *Doctrina Cristiana*, el Hijo se representa como la suprema naturaleza creada, pero creada al fin, y el Espíritu Santo, cuando está representado como una persona, se supone que es el sér más inmediato al Hijo. Debe, sin embargo, advertirse que semejante concepto no afecta en manera alguna á las opiniones de Milton sobre otros puntos teológicos; modificó en esto sus creencias, pero en todo lo demás las conservó inalterables: siguió creyendo en la caida del hombre y en las consecuencias que tuvo respecto al género humano; en la Redencion de Cristo, en el perdon por medio

de su sacrificio, en la justificación por su Justicia y en el poder regenerador del Espíritu Santo. La Redención, según él, fué concebida por una Trinidad de personas, aunque no iguales entre sí, y por una Trinidad de actos, bien que estos no se produjeran por personas de la misma naturaleza y autoridad.

Los críticos de Milton suelen admirarse de que un drama tan maravilloso como el PARAISO PERDIDO estuviese fundado en datos tan incompletos como los que ofrecen los primeros capítulos del Génesis; pero la verdad es que el poeta no halló los materiales de su obra dentro de aquella pauta: creía, como muchos aventajados críticos creen aún, que la primera parte de la revelación está formalmente expuesta en la última; que el PARAISO PERDIDO no se funda en el Génesis, sino que como la teología del siglo XVII, está únicamente cimentado en la Escritura. Hasta algún tiempo después del en que floreció Milton, casi todos los cristianos, sinceros creyentes, procedían bajo el mismo espíritu.

Se ha alegado como un grave cargo contra Milton que en sus últimos años no se sabe que formase parte de Iglesia alguna, ni profesase una forma dada de culto público; pero los que esta acusación propalan parece que se olvidan de que Milton sostuvo sus controversias eclesiásticas con el gran partido presbiteriano, casi tanto como con la Iglesia de Inglaterra; que en sus últimos años la única Iglesia permitida era esta última; que el haberse afiliado en un culto cualquiera distinto del de esa Iglesia, hubiera equivalido á una violación de la ley y á incurrir en la pena de multa y encarcelamiento. Ciertamente que si se hubiera concedido libertad de cultos, apenas habría hallado Milton iglesia cuyo credo estuviese conforme con el suyo; que concedida semejante libertad, dudamos que hubiera aprovechado la ocasión para valerse de ella. Hombres religiosos hay que convienen en un culto sin estar afiliados en ninguno.

Ya hemos hablado bastante de la crítica del doctor Johnson con respecto á Milton. El autor que no tiene escrúpulo en decir á sus lectores que cree á Milton capaz de forjar una oración para el *Eikon Basilike*, con el objeto de poder, fundado en ella, acriminar mejor al Rey, se priva de toda autoridad en cuanto se relaciona con la reputación del autor del PARAISO PERDIDO. Mr. De Quinzey, aun siendo tory y nada afecto al puritanismo, ha calificado la conducta de Johnson respecto á Milton con frases muy severas, pero que no por eso dejan de ser exactas. «Por lo que hace al doctor Johnson, dice, ¿he de perdonarle yo por la trivial consideración del perjuicio que le irroga? El doctor Johnson, cuando juzgaba á

Milton, obraba con malicia, con falsedad y sin pudor alguno. Era hombre muy tentado de la falsedad, y no tenía la virtud de resistir á la tentación. Lo que hay es que Johnson ni capaz era de comprender á Milton. Johnson tenía su paraíso en las calles de Londres, y no tenía para qué hacer caso del que Milton había creado: para Milton, la religión y el gobierno eran los grandes intereses de la humanidad; para Johnson la religión no tenía más influencia que intimidar y rebajar el alma en lugar de sublimarla é infundir en ella nobilísimas aspiraciones; y en cuanto á gobierno, los hombres debían darse por contentos del que Jorge III tenía la dignación de darles. La naturaleza humana pintada por Johnson es una pobre naturaleza, pobre para este mundo y pobre para el otro; pintada por Milton tiene facultades divinas, y la perfección de que es capaz, y que él reconoce, es la profecía de su destino. Muy bien puede el poeta haberse remontado tanto á las regiones de lo ideal, que se olvidara de cuanto le rodea; pero el moralista que rebaja tanto la actualidad, se priva de la fuerza que puede elevarle hasta lo ideal. Johnson puede analizar y considerar los seres humanos en su vida mundana como ninguno otro hombre, pero seres humanos que puedan alternar con los ángeles, estaba muy lejos de concebirlos. Preferible, infinitamente preferible, es soñar con Milton, á no tener esperanza alguna como Johnson. Pero ¿qué decimos soñar? La fama del poeta es toda una realidad; el mundo celestial en que su espíritu penetró, una realidad todavía más grande, y los principios que de sus labios oímos son los más nobles que han salido jamás del pensamiento humano, y seguirán siéndolo siempre.»